MILENIO

Fecha	Sección	Página
24.05.2009	Opinión	PP/2

Familias de *narcos* en un país envilecido **Román Revueltas**

Familias de *narcos* en un país envilecido

En nuestros días, en una espeluznante deriva moral de toda la sociedad, han cambiado los usos y costumbres: lo de hoy ya no es la prima que tomó los votos ni el sobrino que se alistó en la Legión Extranjera, sino el hermano *narco*, una figura necesariamente distante de la que, en el mejor de los casos, preferimos ignorar sus oscuros quehaceres

Bueno, pues resulta que ya todos tenemos un pariente *narco:* un hermano, un primo, un tío lejano, un suegro... No hay manera de escapar a la maldición de la parentela incómoda. Naturalmente, esto no significa culpabilidad alguna sino una mera circunstancia. Pero, vaya regalo que hemos recibido los gacetilleros y cronistas de la prensa nacional: en cuanto aparece el menor indicio de proximidad genética con algún traficante de sustancias hipnotizadoras nos lanzamos como buitres para embarrar al personaje público implicado. A cualquiera le puede caer encima la repulsa: ahí está el candidato priista a la gubernatura de Colima, ahí está el senador Monreal, ahí están decenas de funcionarios de todo pelaje y hasta hombres de la Iglesia bajo sospecha de cultivar amistades poco recomendables. Nadie se salva.

No estamos viendo, sin embargo, una infiltración generalizada sino algo mucho más trivial, una simple realidad estadística que no por ello deja de ser tremendamente preocupante: hay *tantos* narcotraficantes en México que casi cada ciudadano termina por estar emparentada con alguno. Esto no es tan difícil de entender: antes, en cada familia había un cura, una hija solterona o un militar. En nuestros días, en una espeluznante deriva moral de toda la sociedad, han cambiado los usos y costumbres: lo de hoy ya no es la prima que tomó los votos ni el sobrino que se alistó en la Legión Extranjera sino el hermano *narco*, una figura necesariamente distante de la que, en el mejor de los casos, preferimos ignorar sus oscuros quehaceres.

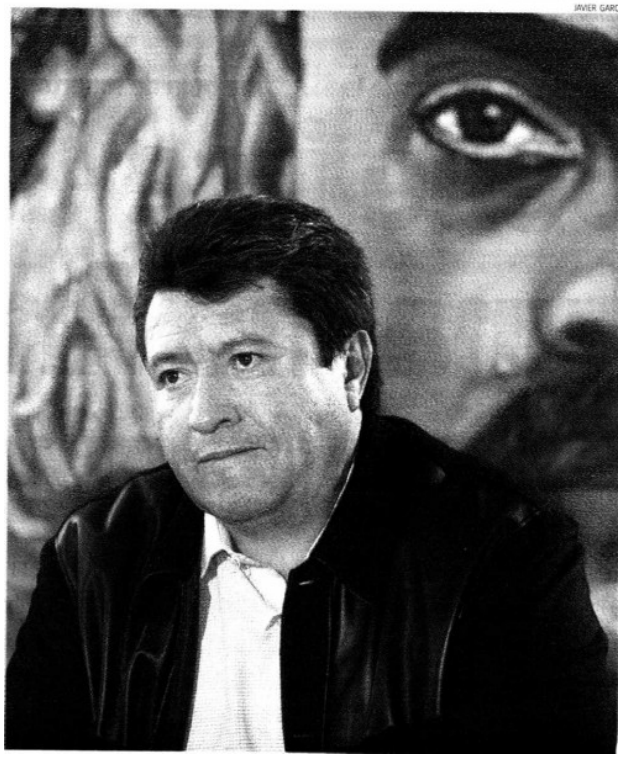
Surge aquí, precisamente, la primera pregunta: ¿qué tanto saben, o desean saber, los acusados de las correrías de sus emparentados? Tomemos, para mayores señas, el caso de Ricardo Monreal. No hay indicios, por más que haya practicado el más descarado transformismo político, de que no sea un hombre honorable. Pero, ocurre que tiene algo así como 17 hermanos entre los cuales se ven repartidas, como siempre, toda clase de vocaciones, inclinaciones, preferencias y gustos. Vamos, ni siquiera al patriarca de los Monreal se le podría imputar la responsabilidad de haber formado hijos obligadamente descarriados porque, ya lo sabemos, en una misma familia conviven el vástago virtuoso —el de las buenas notas en la escuela y sanas costumbres— y el zángano vividor, el profesionista responsable y el pillo bueno para nada. La moral, finalmente, no es necesariamente contagiosa.

En todo caso, la posibilidad del encubrimiento, que es lo que preocupa a las buenas conciencias, está ahí como la más apremiante de las sospechas. Encima, para avivar las inquietudes de los inquisidores, existe, en las familias mexicanas, una añeja tradición de ocultamientos, complicidades y connivencias: vean, si no, a la típica madre del delincuente reclamando airadamente la inocencia de su pequeñuelo o recuerden esas escenas de una parentela violenta que resiste ferozmente la aprehensión del ladrón. Con estos antecedentes, no es nada sorprendente que el mero vínculo sanguíneo con un criminal —y, sobre todo, si está metido en el submundo del narcotráfico— despierte de inmediato las más extravagantes fantasías. No podemos saber, en efecto, qué tanto ha penetrado el *narco* las estructuras del poder en este país pero es un hecho que los avisos y prevenciones han estado circulando ya durante varios años. Las mafias criminales, ahora mismo, estarían involucradas en las elecciones del próximo 5 de julio. ¿O no?

Continúa en siguiente hoja

Página 1 de 2
$ 62836.62
Tam: 580 cm2
JUREñA

Desde luego, nos encontramos frente a un escalofriante problema de moral nacional. O, mejor dicho, de avasalladora inmoralidad. Pero esto ya lo sabíamos en tanto que somos una nación azotada por la corrupción, la consustancial desvergüenza de los grupos de poder y el nocivo imperio de las mafias sindicales. Para mayores señas, veamos, luego de que el país entero sufriera los devastadores efectos de la emergencia sanitaria —paralización de la vida pública, clausura de todas las escuelas, muertes en los hospitales— la respuesta que los "maestros" de la Sección 22 del SNTE, en Guajaca, dan a los niños de México: los han dejado sin clases. Decenas de miles de chicos, tras perder días preciosos de estudio, no sólo *no* van a recuperar las jornadas desaprovechadas por culpa de la influenza sino que seguirán sin cursos y enseñanzas porque sus "profesores" no encontraron mayor muestra de solidaridad, en un momento tan duro para la nación mexicana, que hacer huelga. En un país así, envilecido, no es ninguna sorpresa que los *narcos* sean parte de las "mejores" familias.■M

revueltas@me.com

No podemos saber, en efecto, qué tanto ha penetrado el *narco* las estructuras del poder en este país, pero es un hecho que los avisos y prevenciones han estado circulando ya durante varios años